

CURSO SOBRE EL EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS

CLASE 3

Mc, 1, 9-11;

A.M.S.E.

Bautismo de Jesús

EL bautismo de Jesús es narrado en los tres Evangelios sinópticos, y en el Evangelio de san Juan se hace una referencia a lo que aquí se menciona acerca del Espíritu Santo (ver Jn 1, 32-34).

R E V I S I Ó N D E S G L O S A D A D E M c 1, 9-11;

1, 9 Y SUCEDIÓ QUE POR AQUELLOS DÍAS

Como ya se ha comentado, la expresión «aquellos días» no es sólo una referencia al pasado, sino un término empleado para significar que están sucediendo «aquellos días» anunciados por los antiguos profetas. (ver Is 10,20; 12, 1-4).

VINO JESÚS

Con su elección de este verbo, Marcos deja claro que Jesús, del que ya nos ha dicho que es el Hijo de Dios, es el que ha de venir (Is 35, 4; Mal 3,1)

DESDE NAZARET DE GALILEA,

Nazaret era la aldea de María (ver Lc 1, 26), y fue donde Jesús fue criado por María y José (ver Lc 1, 39-40).

Galilea, era una región en la que habitaban judíos y paganos. Por eso también era conocida como «Galilea de los gentiles»

Nadie esperaba que el Mesías viniera de Nazaret de Galilea (ver Jn 1, 46).

REFLEXIONA:

No es casualidad que Jesús haya vivido en esa región, es expresión de que el Salvador ha venido para todos, no sólo para los judíos, sino también para los paganos. La invitación a la salvación es universal.

Y FUE BAUTIZADO POR JUAN EN EL JORDÁN.

Juan ofrecía «un bautismo de conversión para el perdón de los pecados» Jesús no necesitaba convertirse, no tenía pecados (ver 2Cor 5, 21), pero eligió ser bautizado.

REFLEXIONA:

¿Por qué Jesús quiso ser bautizado?

Es una pregunta que se han planteado los cristianos de todos los siglos.

Los Padres de la Iglesia (hombres santos y sabios de los primeros siglos del cristianismo), dan diversas respuestas:

San Ignacio de Antioquía: «para purificar el agua» (la de nuestro Bautismo).

San Cirilo de Jerusalén: «para darle Su olor de santidad al agua»

Otros santos Padres consideran que lo hizo por solidaridad con nosotros. Para asumir nuestro pecado, y también nuestra muerte, pues el bautismo implicaba sumergirse, ser cubierto por el agua, era símbolo de la muerte. Jesús mismo se referirá a Su muerte como «bautismo» (ver Mc 10, 38).

REFLEXIONA:

Juan había presentado al que vendría detrás de él como a un «justiciero» alguien que vendría a señalar con el dedo a los pecadores, alguien que viene a cortar con hacha la raíz de los árboles que no han dado buen fruto (ver Lc 3,9). Pero Jesús desmiente estas expectativas. Él no viene a señalar con el dedo a nadie. Él viene a hacerse solidario. No a juzgar.

REFLEXIONA:

Visualízate en la escena que nos plantea el Evangelio. Imagina el Jordán, la gente que se aproxima, los que se quedan en lo alto, a lo lejos, viendo a los demás, los que hacen fila para que Juan los bautice.

¿En dónde te situas tú?, ¿te atreves a formarte en la fila de los pecadores?

Es difícil reconocerse públicamente pecador, pero al hacerlo te encontrarás con Jesús, que se ha formado para encontrarse contigo.

REFLEXIONA:

Cuesta aceptar que Dios se ha hecho hombre, que está entre nosotros, ahorita, aquí.

Pensamos que está en el cielo, lejos, en un trono.

Los que se bautizaban en el Jordán, pensaban que Dios estaba en el cielo. Jamás hubieran imaginado que había descendido, así, sin rayos ni truenos, sin llamar la atención, como uno más.

Qué difícil, molesto, incómodo, un Dios que se parece tanto a nuestro prójimo, que es nuestro prójimo. Es tan cercano, que podemos, sin querer darle un empujón, maltratarlo, pasar a su lado sin darnos cuenta...

En tiempos de Jesús nadie reconoció a este Dios presente en medio de Su gente.

Los posaderos de Belén creían cerrarle la puerta a un matrimonio de forasteros, y ¡era a Dios al que se la cerraban! Los fariseos creían estar muy en orden, cumpliendo en todo la voluntad de Dios, ¡y se la pasaban discutiendo con Él y poniéndole trampas!

En el Evangelio según san Juan, el Bautista le dice a los fariseos, refiriéndose a Jesús: *«En medio de vosotros está uno a quien no conocéis»* (Jn 1, 26).

Si a la gente le hubieran preguntado si esperarían que el Mesías se formara en la fila de los pecadores para ser bautizado, probablemente hubiera dicho que no. No esperamos encontrar a Jesús allí.

Como no esperamos encontrarlo en la persona de los pecadores que conocemos, empezando por nosotros y siguiendo con los demás, incluidos esos pecadores que nos horrorizan por lo que hacen.

Pero Él, que se identificó con todos, especialmente con los despreciados, por pobres, por pequeños, por pecadores, etc. está donde menos lo pensamos, donde menos lo «conocemos» (conocer, en sentido bíblico, no es, como lo entendemos ahora, simplemente tener conocimiento de alguien, saber algo, decirle: «mucho gusto, mi nombre es tal, ¿cuál es el suyo?» sino tener una relación personal, íntima.

La frase de Juan nos deja pensando: Jesús está en medio de nosotros, ¿lo conocemos?

En Navidad, celebramos Su Nacimiento, pero si se presenta bajo el aspecto de una tía sangrona, un cascarrabias, un invitado que a nadie le cae bien, probablemente arruine la celebración.

Dios eligió vivir entre nosotros, y desde ese momento, el primer mandamiento, se enlazó con el segundo. Nos llama a reconocerlo en los demás.

Decía Gandhi: «si no puedes reconocer a Dios en la próxima persona con la que te encuentres, no podrás reconocerlo en nadie»

Que no nos vaya a reprochar un día: *«Hace tanto tiempo que estoy con vosotros...y ¿todavía no me has conocido?»* (Jn 14, 9).

1, 10 EN CUANTO SALIÓ DEL AGUA

En la mentalidad bíblica, las aguas eran la sede del mal. Así pues, Jesús se sumerge en el agua, para solidarizarse con nosotros, para asumir nuestro mal, nuestro pecado, nuestra muerte, pero no permanece en ella, sale.

Se pensaba que el pecado del ser humano creaba una barrera que lo separaba de Dios (ver Is 59,2). El pueblo debía purificarse para que Dios se le manifestara (ver Ex 19, 10-11). En Su bautismo Jesús inicia esa purificación de la humanidad que culminará en la cruz.

VIO QUE LOS CIELOS SE RASGABAN

En la mentalidad del Antiguo Testamento, el cielo cerrado era tomado como señal de que Dios estaba enojado (ver Dt 11,17; 1Re, 8, 35).

El profeta Isaías había pedido: *¡Ojalá rasgases los cielos y descendieses!* (Is 63,19c)

Sólo Dios puede rasgar los cielos, pues Él los creó y tiene dominio sobre ellos (ver Gen 1,1; Is 66,1).

El rasgarse de los cielos indica que ha terminado el silencio de Dios. Ha terminado la espera.

Con Jesús.

Ese mismo verbo se usará cuando Jesús muera, y el velo del Templo se rasgue, y se complete la reconciliación entre Dios y el hombre, que inició con su bautismo.

Y QUE EL ESPÍRITU, EN FORMA DE PALOMA, BAJABA A ÉL.

Recuerda al Espíritu de Dios que aleteaba sobre las aguas al inicio de la Creación (ver Gen 1,2), y la paloma que anunció un nuevo comienzo tras el diluvio (ver Gen 8, 8-12).

Se refuerza lo que se planteó al inicio, que con Jesús estamos ante una nueva Creación.

Se cumple en Él lo anunciado en Is 61, 1; comienza Su misión como el Mesías enviado por Dios.

1,11 Y SE OYÓ UNA VOZ QUE VENÍA DE LOS CIELOS:

Ha cesado el silencio de Dios.

¡TÚ ERES MI HIJO AMADO, EN TI ME COMPLAZCO!

Tenemos aquí un contraste muy llamativo: Por una parte, Jesús llega, como cualquier hijo de vecino, a formarse en la fila de los que se bautizan, de los que se reconocen necesitados de perdón.

Por otra parte se oye nada menos que una voz del cielo que declara que ése que está ahí, entre los pecadores, es el ¡Hijo de Dios!

La voz de Dios expresa que Jesús es Su Hijo. Jesús representa a Israel, que ha sido llamado hijo de Dios (ver Ex 4, 22; Os 11,1), pero va más allá. Es el Hijo de Dios, porque participa de la naturaleza divina. Y además de ser Hijo, es el Siervo fiel y obediente, anunciado por el profeta (ver Is 42, 1; 53, 11-12).

REFLEXIONA:

Gracias a Jesús nosotros somos hijos adoptivos de Dios. Ver Rom 8, 15-16; También en nosotros Él quiere complacerse.

REFLEXIONA:

Aquí hay una manifestación de la Trinidad: Está el Padre, que habla; el Espíritu que aletea sobre las aguas y desciende, uniendo cielo y tierra, y Jesús que ha salido del agua.

REFLEXIONA:

En este punto, ya van tres veces que Marcos deja ver la divinidad de Jesús: Cuando dice que es *Hijo de Dios* (en Mc 1,1), cuando es llamado por Juan *el más fuerte* (ver 1,7), y ahora, cuando el Padre lo llama *Hijo amado* (ver Mc 1,11). Cuando algo se repite tres veces en un texto bíblico, es que se quiere destacar su importancia.

REFLEXIONA:

Lee de nuevo el pasaje, despacio, meditándolo.

Considera qué es lo que más llamó tu atención del pasaje revisado hoy y por qué.

Dialógalo con el Señor.

Pregúntale qué pide de ti en respuesta a lo leído y reflexionado.

¿Qué respuesta concreta darás?